

con esas cariñosas palabras con que la pasión disimula á menudo su natural violencia.

Entregó el despacho al empleado y se admiró al sentirse casi tranquilo. Había empezado á obrar y la presencia de la realidad había hecho desaparecer la visión.

VIII

En el momento en que Teresa de Sauve recibió el despacho de Huberto iba á vestirse para salir y comer en casa de una amiga. Mandó en seguida desenganchar su carruaje y escribió unas letras apresuradamente para disculpar su ausencia, pretextando una jaqueca. La lectura de las sencillas frases que le dirigía Huberto le habían producido un sudor frío, seguido de violento temblor.

Cerró la puerta de su cuarto y se sentó en una silla baja, con la cabeza entre ambas manos, ante el fuego de la chimenea de su alcoba. Desde su regreso de Trouville vivía en una continua angustia, y lo que temía tanto como la muerte había llegado. Para que su amante, al que dos horas antes había dejado tan tranquilo y alegre, cayese en el estado de espíritu que ella adivinaba tras la puerilidad graciosa de su billete, era preciso que hubiese

sobrevenido una catástrofe. ¿Qué catástrofe? Teresa la presumía con gran exactitud.

No habían engañado á Jorge Liauran. Durante la estancia de la desgraciada mujer en los baños de mar, había ocurrido en su vida uno de esos dramas secretos de infidelidad que se verifican con tanta frecuencia en la vida de las mujeres una vez que se apartan del verdadero camino.

Pero nuestras acciones, por culpables que sean, no dan siempre la medida de nuestra alma. En la naturaleza de la señora de Sauve había cualidades muy altas al lado de debilidades muy bajas, una mezcla singular de corrupción y de nobleza. Podía cometer faltas abominables; pero no podía perdonárselas, como lo hacen la mayor parte de las mujeres de ese género, y en la actualidad menos que nunca, por efecto de lo que había representado en su vida aquella pasión de varios meses por Huberto.

¡Ah, su vida, su vida! Su vida era lo que Teresa de Sauve percibía en las vacilantes llamaş de la chimenea durante aquella tarde de otoño, con el corazón torturado por el sufrimiento. Todo el peso de sus antiguos errores, de sus criminales errores, caía en aquel momento sobre su corazón y le hacía

recordar el estado de cruel agonía en que se encontraba cuando conoció á Huberto.

Teresa de Sauve había sido dotada por la naturaleza de las disposiciones que suelen ser más funestas á una mujer en la sociedad moderna, á no ser que se case en condiciones raras, ó que la maternidad la ponga á salvo de sí misma, quebrantando las energías de su vitalidad física y acaparando las energías de su vitalidad moral.

Tenia el corazón romántico y, por otra parte, su temperamento hacia de ella una criatura apasionada, es decir, que alimentaba á la vez extravíos de sentimiento é invencibles apetitos sensuales. Cuando las mujeres de estas condiciones encuentran al principio de su existencia un hombre que satisface las dobles necesidades de su organismo, existe entre ellas y aquel hombre una de esas fiestas misteriosas del amor que los poetas conciben sin experimentarlas nunca. Cuando su destino quiere que se encuentren entregadas, como lo había sido Teresa, á su marido, á un hombre que las trata desde el principio como á mujeres corridas y las inicia de obra y de pensamiento en toda la ciencia del placer, sin tener bastante poesía para satisfacer la otra mitad de su alma, esas mujeres se harán necesariamente

curiosas, capaces de caer en las más extravagantes experiencias, y entonces su esterilidad se convierte en una gran suerte, porque al menos no transmiten esa llama de vida sentimental y sensual que generalmente han heredado de una falta de su madre.

En efecto, de su madre, miserable criatura conducida por el fastidio y el abandono á culpables extravíos, era de quien Teresa había heredado la imaginación soñadora, en tanto que corría por sus venas la sangre ardiente de su verdadero padre, del hermoso Conde de Branciforte. Posteriormente, aquella hija de un libertino y de una loca había sido educada sin principios religiosos, sin freno de ninguna especie, por Adolfo Lussac, hombre altamente inmoral, á quien las vivezas de la pequeña divertían y quien desde muy temprano hizo de ella la comensal constante de muchos banquetes, en los que oía lo que no debía oír y adivinaba lo que debiera ignorar. ¿Quién puede calcular la parte de influencia que se debe atribuir en los deslices de una mujer de veinticinco años á las conversaciones escuchadas ó sorprendidas por la niña vestida de corto?

Teresa, sin embargo, casada muy joven, había llegado hasta el instante de su casual

encuentro con Huberto sin haber tenido más que dos intrigas, y aquellas dos aventuras habían sido causa de tales disgustos para ella, que se había jurado no volver á caer en la locura de tener un amante. Siempre existen buenas resoluciones en una mujer que ha caído y que ha sufrido por su falta, como existen buenos propósitos en un jugador que ha perdido 10.000 duros y en un borracho que sabe que ha contado sus secretos durante su embriaguez. Pero las hondas causas que generalmente han producido el primer adulterio continúan subsistiendo después que esa falta ha derramado cruelmente sobre la culpable todas las amarguras.

La mujer que tiene un amante, ama menos á aquel amante que al amor, y continúa amando al amor cuando ve que el amante elegido la ha engañado, hasta que llega, de desilusión en desilusión, á amar el placer sin amor, y algunas veces el placer más degradante. Teresa de Sauve no debía descender nunca hasta ese punto, porque el sentimiento de lo ideal persistía en ella, demasiado débil para contrabalancear las fiebres de los sentidos, pero bastante fuerte para iluminar á sus propios ojos el abismo de sus flaquezas. Aquella taciturna, que experimentaba en algunos

instantes los estremecimientos de un deseo casi brutal, no era una discípula de Epicuro, ni una alegre y ligera cortesana del gran mundo.

Concebida entre los remordimientos de su madre, Teresa tenía el alma trágica. Era capaz de la depravación, pero incapaz de ese olvido divertido que arranca de la memoria la hora fugitiva y no encuentra sino con gran esfuerzo el nombre del primer amante entre los de tantos otros. No; aquel primer amante, aquel Federico Luzel, de quien sospechaba con justicia Jorge Liauran, nunca se apartaba de su pensamiento, ni podía pensar en él sin un disgusto íntimo al acordarse de los tristes motivos que le habían hecho dueño de ella. Era un hombre alegre hasta la bufonería y gracioso hasta el cinismo, con esa gracia especial de los parisienses de la Ópera, Tortoni y el café Inglés. Al hacer la corte á Teresa, había tenido el buen acierto de no perderse, como los numerosos rivales que por entonces le hacían competencia cerca de ella, conjunto de perros de presa dispuestos á olfatear una víctima en las diabluras de los galanteos á la moda.

Ella había propuesto sin rodeos, con gran destreza en la conversación y cierta profun-

dididad en el vicio, formar con él una especie de asociación para el placer, secreta, segura y sin compromiso, y la infortunada había aceptado. ¿Por qué? Porque se aburría mortalmente, porque robaba á Luzel, á una amiga suya, porque estaba ávida de sensaciones nuevas y porque aquel personaje de conversación lasciva ceñía una aureola de extraño prestigio de libertinaje.

De aquella unión, en la cual Federico había sido el menos fiel á su palabra, no tratando de prolongarla, Teresa había experimentado pronto una vergüenza profunda y había salido de ella como si saliese de un presidio.

Después de un año, dedicado á sufrir sus remordimientos y á sentirse manchada por todo lo que la intimidad de aquel hombre le había revelado de ciencia del mal, creyó encontrar con qué satisfacer sus necesidades de corazón en la persona de Alfredo Fanieres, uno de los más sutiles novelistas de aquella época.

¿Acaso todos los libros de aquel ingenio, desde su primero y único volumen de poesías hasta su última colección de cuentos, no revelaban el estudio más minucioso y más tierno de las dulzuras del espíritu femenino?

En aquella segunda unión, comenzada en la más embriagadora de las esperanzas, la de consolar las decepciones de un artista admirado, Teresa se sorprendió del fondo de implacable sequedad del literato gastado, en el que era completo el divorcio entre los sentimientos y la expresión escrita. Ella se obstinó, sin embargo, en continuar siendo la querida de aquel hombre, aunque desengañada, por esa razón tan frecuente que quiere que de todos los amores de las mujeres, el segundo sea el más duradero. Quieren por lo general admitir que el primero fué un error; pero el error del matrimonio y el error de aquel primer amor son dos errores; á la tercera falta comprenden que la causa de su mala conducta está en ellas y no en las circunstancias de su vida, y esto constituye una confesión cruel para su orgullo íntimo. Posteriormente, el egoísmo del escritor se había revelado con tal dureza, al creerse ya seguro de ella, que el golpe fué demasiado fuerte y Teresa no pudo resistirlo.

En el periodo de mortal angustia posterior á aquella ruptura fué cuando encontró á Huberto Liauran. Veía entonces claramente lo que había sido para ella el descubrimiento de aquel corazón joven, sentada al lado del so-

litario fuego, cerca del cual se obstinaba en velar. En aquella existencia, en que todo habían sido heridas ó manchas, ¿no habían sido deshonrados por adelantado hasta sus más vivos dolores por su causa? ¡Con qué arrebatada emoción había medido la pureza de aquel corazón tan joven! ¡Qué inquietud había experimentado y qué temor de desagradarle! ¡Qué horror, después de saber que le había agradado, al pensar que podía borrarse de su imaginación! ¡Cuántas angustias al reflexionar que uno de esos crueles indiscretos que se agitan en la sociedad pudiese revelar su pasado á Huberto! ¡Cómo había empleado todo su arte de mujer para hacer de aquel amor un adorable poema en que no faltase nada de lo que puede encadenar á un alma inocente y pura! ¡Cómo había gozado con sus respetos y cómo dejado que se prolongasen! ¡Ah! Cuando en la actualidad pensaba en aquellos dos días de Folkestone, apenas creía que hubiesen existido y que ella hubiera podido sobrevivir á ellos. Se acordaba de haber acompañado á Huberto á la estación, á despecho de todas las prudencias; le había visto partir para Londres, asomado á la ventanilla del vagón para contemplarla más tiempo; ella había vuelto á la habitación que

habían ocupado juntos antes de tomar á su vez el tren de Douvres, y había pasado allí dos horas en el mortal abandono de un alma colmada á la vez de desesperación y de felicidad.

Bajo el peso de los recuerdos, aquel alma se doblegaba como una flor cargada de mucho rocío. Es que allí había encontrado la completa satisfacción de sus dos naturalezas, la vibración casi loca de todo su sér. Se había perdonado casi á medias su pasado, excusándose ella misma con la frase que mentalmente decía á Huberto y que tantas mujeres dicen en voz alta á hombres celosos de un pasado que ha pertenecido á otros: ¡Entonces no te conocía!

Cuando volvió á París, durante la primavera y el verano había procurado vivir de tal modo que no desmereciese de él ni un solo minuto, y había encontrado de nuevo todo el pudor propio del amor completo, pero ennoblecido por el alma.

Temía siempre que sus caricias fuesen una causa de corrupción para aquel sér tan joven de corazón como de cuerpo, á quien quería embriagar sin profanarle.

Aunque estaba perdidamente enamorada, quiso que las citas en la casa de la calle de

Friedland fuesen raras, porque temía no conservar mucho tiempo á los ojos de Huberto encanto de divina novedad. No habían sido muy numerosas, hubiera podido contarlas y gustar con el pensamiento la distinta dulzura de cada una, las tardes en que había encontrado de nuevo las delicias de las horas de Folkestone, con las ventanas cerradas, sin luz, sepultada entre los brazos de su amante y realmente muerta para todo lo que no fueran aquellos momentos y aquella embriaguez.

Había llegado á tal punto de idolatría por Huberto, que adoraba á la señora de Liauran, aunque sabía perfectamente que era odiada por ella. La adoraba por haber educado á su hijo en aquella atmósfera de sensibilidad temblorosa y pura. La adoraba por haberle conservado á través de los años de la adolescencia y de la juventud tan delicado, tan tierno y tan de ella, tan únicamente de ella en el pasado, en el presente y en el porvenir. Porque ella tenía el orgullo, casi la locura de su propio amor.

Teresa le decía: «Tu vida comienza, la mía acaba. Sí, querido; á los veintiséis años una mujer está casi al fin de su juventud, y tú ¡tienes tantos años por delante! Pero nunca, nunca te amarán como yo te amo y nunca

me olvidarás, nunca, nunca...» Y otras veces: «Te casarás—decía;—vive, respira, y sin embargo, no conozco á la que te arrebatará de mis brazos, á la que dormirá sobre tu corazón todas las noches, como yo en Folkestone. ¡Ah! Preciso ha sido para ello que te haya encontrado tan tarde y que no pueda unirte á mis besos...» Y le rodeaba el cuello con las deshechas trenzas de sus largos cabellos negros.

Desde que le pertenecía había vuelto á tomar la costumbre de peinarse en la misma forma que lo hacía cuando era niña y por sí misma, á fin de que él pudiera manejar aquellos hermosos cabellos. Luego, cuando después de una de sus citas amorosas se había vuelto á peinar y á vestir, volvía á su lado, porque quería darle el beso de despedida en el mismo cuarto en que se habían amado, y no había sensación más fuerte para Huberto, según lo comprendía ella por los latidos de su corazón, que aquel beso de despedida que ella le daba con los labios casi fríos. Teresa solía salir de allí poseída de una tristeza especial; pero al menos daba cuenta de esta tristeza á su amante, ya que no pudiera contarle todas sus tristezas. Estaba casada, y por más que hubiese tenido siempre sus habitaciones inde-

pendientes de las de su marido, preciso la era recibir á éste en ellas alguna vez. ¡Ah! tanto más preciso era, cuanto que tenía un amante. Siniestra expiación de su gran amor, del que se justificaba diciéndose que sufría con gusto aquella expiación por el amor de Huberto. Puesto que no llegaba á ser madre, ¿por qué no huir con él y disfrutar su amor toda la vida? Y la implacable necesidad de martirizadoras mentiras y de viles particiones de amor atormentaban su plena felicidad. Se absolvía de ellas, sin embargo, diciéndose que era por él, por su querido amante, por quien mentía.

¡Sí; ¿pero qué monstruoso enigma se presentaba súbitamente ante ella? ¡Oh, cruel, cruel enigma! ¿Cómo con aquel amor divino en su corazón había podido hacer lo que había hecho? Porque había sido ella, sí, y no otra, ella, con sus pies, que sentía helados, con sus manos, que sujetaban su frente en la que ardía la fiebre; ella con todo su sér físico, en fin, la que había partido para Trouville á últimos de Julio; ella, Teresa de Sauve, la que se había instalado allí para pasar la estación veraniega en un precioso hotel situado en una altura.

¡Sí, había sido ella... ¡Pero no! No era po-

sible que la querida de Huberto hubiese hecho aquéllo... ¿Qué era aquéllo? ¡Oh, cruel, cruel enigma!... ¿De qué profundidades de la memoria de sus sentidos habían salido aquellos extraños pasajes, aquellas sordas tentaciones de lujuria que habían empezado á asaltarla? ¿Pero los sentidos tienen también realmente su memoria? ¿Acaso las fiebres de la culpa no quieren abandonar nunca la sangre que han abrasado en el fuego de su incontinencia durante horas desgraciadas? Una vez establecida en su casa, encontró de nuevo á sus amigas de antes, cuyo trato había descuidado mucho desde el principio de sus relaciones con Huberto. Hizo con sus amigas y sus adoradores, sus *fanegmen* — como decía una lady que frecuentaba aquel círculo, — varias jiras campestres, muy alegres y muy inocentes, pero poco á poco, de día en día, iban asaltando de nuevo su espíritu ideas, no de amar menos á Huberto, pero sí de vivir un poco separada de aquel amor y complacerse de nuevo en las costumbres de familiaridades masculinas de las que estaba privada desde hacía un año. Se encontraba tan completamente ociosa en su casa, que ni aun de leer se ocupaba.

Nunca la habían gustado los libros, y sus relaciones con Alfredo Fanieres la habían

desengañado para siempre de la mentira de las bellas frases. Cuando había escrito á Huberto largamente y después algunas líneas á su marido, que iba á verla todas las semanas, necesitaba distraer el fastidio, y en algunos momentos se la ocurrían ideas que ni á sí misma se atrevía á confesarse.

Sentía una necesidad de sensaciones, unos deseos que ella misma no podía explicarse.

Sabía, por haberlo oído decir, que casi todos los hombres, por delicados que sean, no permanecen mucho tiempo lejos de su querida, por mucho que la quieran, sin experimentar tentaciones irresistibles de engañarla con la primera mujer que se presenta; pero reflexionaba que esto puede ser verdad en lo que se refiere á los hombres, pero no en lo que se refiere á las mujeres. ¿Por qué, pues, se encontraba presa de aquellos inexplicables trastornos, de aquel ardor íntimo, de aquella sed de embriaguez sensual, de la que se creía para siempre curada por la influencia de su noble, de su ideal amor? La criatura depravada que había sido antes, se despertaba en ella poco á poco.

Por la noche, durante su sueño, se encontraba atormentada por las visiones de su pasado.

En vano había luchado y en vano había maldecido su secreta perversión. Luego había permitido que la galantease el joven Conde de La Croix-Firmin. Recordaba con horror la especie de fascinación nerviosa que la presencia de aquel hombre, su sonrisa y sus ojos habían ejercido sobre ella.

Después — hubiera deseado morir ante aquel recuerdo, — una tarde que La Croix-Firmin había subido á su casa, una tarde en que hacía uno de esos calores tórridos, durante los cuales la voluntad está como enervada, él estuvo audaz, y ella se entregó á él, primero con cobardía y frialdad, luego rabiosa y ardentemente.

Durante tres días fué su querida presa del extravío de la pasión física, desechando siempre el recuerdo de Huberto, sintiéndose caer en una sima de infamia y precipitándose más y más cada vez hasta el día en que despertó de aquel furor sensual como de un sueño. Entonces había abierto los ojos, había meditado la intensidad de su falta, había sentido la vergüenza de la misma, y mustia, herida, agonizante, había huido de aquel maldito paraje y de aquel execrado cómplice, para volver, ¿á dónde y á quién?

¡Melancólica y triste regresó hacia el que

había sido la reparación de su vida entera y al que había herido para siempre! Había entrado en la habitación de los dulces momentos y había encontrado á Huberto; pero ¿podía llamarle aún de este modo, más tierno, más amante que nunca? Su imperdonable engaño, ¿la haría para siempre impotente para gustar de aquello de que ya no era digna? En los brazos del joven y sobre su corazón se había acordado del otro, y el éxtasis de otras veces, el delicioso é inefable desfallecimiento, fruto del demasiado sentir, la había faltado. Por eso Huberto la había visto sollozar desesperadamente, en tanto que la invadía una inmensa tristeza, un entorpecimiento de muerte, mezclado con la atroz inquietud de que una indiscreción cualquiera llegase hasta su amante y despertase sus sospechas.

De su reputación no se cuidaba para nada; sabía perfectamente que después de haberse conducido como lo había hecho con La Croix-Firmin, no podía contar más que con su desprecio y su odio. Sabía también lo que puede fiarse en el honor de los hombres, cuya profesión consiste en realizar conquistas de mujeres. No la atormentaba, sin embargo, la idea de que al hablar de ello comprometiesen su seguridad personal.

Después de todo, sin hijos y poseedora de una fortuna independiente, ¿qué podía temer de su marido? Pero la parecía que no podría soportar una mirada de desconfianza en los ojos de Huberto.

¿No sería acaso mejor confesarle la espantosa verdad? La rechazaría como á una miserable; pero todo la parecía preferible al suplício de tener aquel remordimiento en el corazón y de mentir sin cesar á aquel noble joven. Se había dedicado á amarle con un frenesí desesperado, y como la reacción contra la parte baja de su naturaleza la precipitaba en el exceso en opuesto sentido, es decir, en el romántico, la invadía un insensato deseo de contárselo todo, á fin de que la humillación voluntaria de su confesión fuese al menos como un castigo de su infamia. Aunque el silencio era una mentira, había conseguido sentirse capaz de sostener aquella mentira; pero sufría demasiado para tener la vergonzosa energía de negar si alguna vez la interrogaba. Y aquella interrogación iba á afrontarla; la leía entre las líneas de aquel despacho. ¡Ah! ¿qué haría si él había adivinado la verdad? Había bebido de la hiel de la vergüenza todo lo que podía soportar. ¿Tendría valor para beber aún aquella gota, la más amarga,

y hacer traición una vez más á su único amor con un nuevo engaño? Al menos, si era franca, preciso sería que Huberto le agradeciese aquella franqueza; y si no lo era, ¿cómo podría soportarse á sí misma? Sí, pero hablar era la muerte de su dicha. ¡Ah! ¿no había ya muerto ésta desde que había regresado de Trouville? ¿Volvería á sentir nunca lo que antes había sentido?

¿A qué disputar á la suerte aquellos restos mutilados, mancillados, de un divino sueño?... Toda aquella noche estuvo bajo la agónica pasión de aquellos pensamientos. ¡Pobre criatura, nacida para todas las noblezas del amor único y fiel, que había entrevisto realizando su sueño y que se veía desposeída de él por culpa de un sentimiento oculto en ella, pero que, sin embargo, no era ella toda entera, no era parte constitutiva de su esencia!